

## La Galería de Espejos

Gloria T. Daudén

Cada noche tenía el mismo sueño, andaba desnuda por el suelo frío de una sala de museo. A veces era el Prado, otras el Arqueológico de Atenas, otras el Hermitage, el Tate, otras era una simple amalgama de uno u otro museo.

Yo notaba el frío en las plantas de mis pies, pero sobre mi piel el aire era cálido como el abrazo de un amante. Tras avanzar por un par de salas vacías escuchaba unas risas lejanas, gemidos y el suave golpeteo de cuerpos contra cuerpos. Aquel sonido endurecía mis pezones y me hacía tragar saliva mientras aceleraba el paso.

Llegaba entonces a una sala, siempre la misma en todos los sueños. La galería de espejos del palacio de Versalles, allí entre la penumbra de las velas encontraba siempre la misma escena, una multitud de hombres y mujeres semidesnudos o desnudos por completo disfrutando de mil formas de sus cuerpos. Pero no eran personas corrientes, no. Todos eran personajes de cuadros o estatuas que yo conocía bien de mis estudios. Destacaba siempre Antinoo, tan perfecto como en sus reproducciones de mármol pese al sudor y el desaliño de sus rizos; también Afrodita, radiante mientras cabalgaba sobre faunos o emperadores. Pero era otro el que yo buscaba entre la multitud. Durero, siempre Durero. Los demás personajes cambiaban según él día, pero él estaba siempre ahí. Su aspecto era idéntico a su autorretrato del Prado, solo que muchas veces no llevaba más que sus guantes blancos. En ocasiones me lo encontraba sentado como quien no quiere la cosa, contemplando la orgía, otras tomando por detrás a una musa con flores entre sus cabellos rizados o hundiendo el rostro entre los pechos de la sensual virgen del díptico de Melun. Fuese como fuese, él era el único que me miraba. Sus ojos me recorrían la piel desnuda mientras sonreía, pero rara vez se me acercaba. Tan sólo una noche dejó de lado a la Ofelia de Millais y fue hacia mí. La joven se que quedó echada en el suelo, tan triste como en su cuadro. Las manos enguantadas de blanco de Durero me acariciaron los pechos desnudos y fueron subiendo con suavidad hasta rozarme los labios. Eso fue todo. Luego se marchó de nuevo a gozar entre una vampiresa de Munch con brillantes cabellos rojos y una geisha de un grabado erótico japonés.

Normalmente yo sólo me quedaba ahí, quieta en el umbral, humedeciéndome mientras contemplaba aquella orgía interminable, pero en una ocasión, tras un buen rato, me lancé angustiada por el deseo, mis manos recorrieron mi vientre para hundirse en mi entrepierna y explorarla con avidez. Mis gemidos se unieron entonces a los de la multitud y mientras me llegaba el clímax mis ojos se clavaron en los de Durero al fondo de la sala que me sonreía. Después él me dio la espalda y tomó en sus brazos a una dama de Ghirlandaio. Entonces yo comencé a sentir frío y un cierto pudor, como si de repente fuese una Eva que acaba de conocer el pecado. Igual que ella traté en vano de ocultar mi desnudez y luego huí de allí entre avergonzada y confusa. Corrí por las salas vacías preguntándome qué locura me llevaba cada noche a aquella orgía pictórica. Las lágrimas me caían por las mejillas según corría por un pasillo y otro, pero pronto los ojos de él aparecieron en mi mente y supe el motivo. Imaginé entonces el tacto de su piel, su calidez contra la mía, el sabor de su lengua. Me apoyé en una pared y sollocé hasta despertar entre temblores en mi cama.

Miré a mi alrededor, a las estanterías repletas de libros de arte y las paredes con sus reproducciones de pintura. Desde lo alto me observaba él, desde una pequeña postal comprada en el Prado.

El resto del día no pude pensar en otra cosa, en más de una ocasión me quedé en blanco en medio de la lección y tuve que ponerles un ejercicio a los alumnos porque no había forma de concentrarse. El recuerdo de la noche anterior me martilleaba, los gemidos, los cuerpos entremezclados en un tapiz de deseo y él, sobre todo él.

Esa noche, ya en la cama sentí un desasosiego, como si algo me quisiera prevenir de que no fuera allí, un aviso para que me tomara varios cafés o lo que fuera, y que esa noche no durmiera. Me reí con tristeza ante aquella idea. ¿Por qué iba a hacer semejante cosa? No había nada que deseara más que regresar a la Galería de Espejos. Y sin embargo los dedos me temblaban. Me senté en la cama y traté de respirar con normalidad. ¿Y si al no ir esa noche ya nunca más podía regresar? Casi grité de espanto. Si perdía aquellas noches entonces qué me quedaría. Rutina y tedio. Pese al miedo que aún sentía, cerré los ojos y me hundí en el sueño.

En aquella sala de espejos todo fue como siempre, pero esa vez cuando él vino hacia mí yo no me quedé quieta. Mis manos le recorrieron la espalda, el pecho, aquel miembro que había visto tantas otras veces con deseo, entonces, despacio sin dejar de mirarle a los ojos me arrodillé a sus pies y comencé a besar, a lamer. Sabía algo salado y estaba tan caliente, palpataba en mi boca. Enseguida él me hizo levantar, me colocó contra uno de los espejos y con una mano me agarró del cuello, mientras la otra

me acariciaba las nalgas, después me penetró. Yo grité de placer y la sala entera pareció responder con un coro de gemidos, una orquesta de placer. Luego me tumbé bocarriba sobre el suelo frío, a través de los espejos veía mi cuerpo, el suyo sobre mí y a tantos otros grupos. Al poco me coloqué yo encima, entonces un ángel de enormes alas y sexo indeterminado se acercó a nosotros y comenzó a besarme, primero en los labios, luego en los pechos. El clímax nos llegó casi a la vez a mi pintor y a mí, entonces al ángel se le unió una Beatriz de Rossetti de cabellos rizados y labios como una amapola. Me besó el cuello, el pecho y fue bajando con aquellos labios rojos por mi vientre, deteniéndose en mi ombligo, saboreándolo como si fuese algún tipo de fruta. Yo, mientras, entre jadeos miraba a Durero que se había puesto en pie y se dejaba acariciar por el ángel. Le hice un gesto con una mano, mis ojos entrecerrados por el placer que aquella dama pelirroja me provocaba. Él se echó sobre mí de nuevo, apartando a Beatriz. El peso de su cuerpo contra el mío me hizo estremecerme, lo aferré con fuerza mientras me mordía el labio. Entró en mí más despacio, como disfrutando de cada pequeño avance hacia mi interior. Le quité uno de aquellos guantes con los dientes y lo lancé al suelo mientras gemía con cada embestida. Hundí mis dedos entre sus cabellos rubios, aspiré el olor de su cuerpo. Olía a pintura, a polvo, pero también a sudor de hombre. Perdí la cuenta de mis orgasmos mientras él continuaba. Los gritos y gemidos se sucedían a nuestro alrededor. Eché la cabeza sobre el suelo y de reojo contemplé la escena.

Una Venus yacía sobre cojines, penetrada por un Sansón mientras una dama distinguida de Tiziano les besaba por turnos. Al otro lado el Francisco I de Clouet recibía una felación de un demonio del Bosco con cabeza de pájaro, al tiempo que la Lady Hamilton de Romney lo cabalgaba con fiereza, pero sin perder un ápice de su aspecto de sensualidad inocente.

Más allá el extraño verano de Arcimboldo compuesto por frutas y hortalizas era sodomizado por el caballo negro de la pesadilla de Füssli, un zumo rojo que olía a cerezas salía de su boca con cada gemido. Cerca de él varios de los hombres de la escuela de Platón de Delville, se acariciaban, colocaban guirnaldas entre sus cabellos y se masturban unos a otros. La Salomé de Klimt, con sus senos al aire y la cabeza de su pobre víctima aún cogida de los cabellos se carcajeaba viendo a la virgen de Melun en pleno éxtasis provocado por tres gracias de carnes voluptuosas. De algo más atrás, llegaban los gritos de placer de una Magdalena a la que compartían un Napoleón de David y un espíritu del viento de Botticelli.

Un mordisco en el cuello me hizo volver a mirarle a él. Sus manos, una enguantada, la otra desnuda me agarraba las nalgas. Le besé una y otra vez mientras

constataba lo que ya sabía. No regresaría, me quedaría allí en aquella sala para siempre. Arqueé la espalda y me abracé a él como si tuviese garras como el demonio del Bosco. Él me besó y su sabor dejó un regusto a esencia de trementina. Hundí la lengua en su boca y puse los ojos en blanco mientras el placer llegaba a mí como una sacudida, todo mi cuerpo se estremecía. Pensé que quizás estuviera muriendo en el otro lado, quizás al amanecer alguien encontrara mi cuerpo gélido y rígido en la cama y mis alumnos se debatirían entre una cierta confusión y la alegría de una mañana libre, pero el temor pasó rápido y se fue como cualquier otro pensamiento mientras el clímax estallaba y el mundo se diluía hasta que lo único cierto era aquella Sala de Espejos.